

del que habia resuelto tomar venganza: con el segundo presente, quiere restañar la sangre que mana de la herida; y con los demás cicatrizarla, y borrar con su recuerdo los sentimientos de hostilidad y el deseo de venganza que os pudo animar contra mí.»

Los Indios llevaban hasta el extremo todas sus pasiones, escepto la que en el estado social ha llegado á ser la mas imperiosa. Los derechos de la hospitalidad eran entre ellos los mas sagrados; acostumbraban á tener el mas heroico desprendimiento para con sus amigos; y la compasion para con los oprimidos que querian socorrer les arrastraba hasta el punto de tomar venganza de los opresores. Mas apesar de sus fogosos sentimientos se mostraban siempre dóciles á la voz de los ancianos, que eran entre ellos muy respetados. Estos instruian la juventud en los acontecimientos que interesaban á su país, enardeciendo ó moderando sus jenerosos impulsos, enseñándoles los cantos de guerra y conservando las tradiciones de las hazañas de sus abuelos. Acostumbrábanles sobre todo á arrostrar la ferocidad de sus enemigos, y á no manifestar emocion alguna en medio de los mas atroces tormentos. Naturalmente dispuestos á tener esta constancia por las privaciones análogas á la vida salvaje, recojian aun toda la fuerza de su alma en estos momentos de prueba, y la exaltacion del espíritu que sobrepujaba á la debilidad de los sentidos, les hacia insensibles á todo jénero de tormentos.

Tal vez les sostenian en semejantes trances pensamientos de otra especie; porque el hombre á quien repugna la idea de morir enteramente, en cualquier estado que la naturaleza le haya colocado, tiene un sentimiento secreto de esperanza que le revela el porvenir, un secreto instinto que le consuela de lo presente, le sostiene durante la vida y le hace mirar mas allá del sepulcro, colocándole allí la dicha que le escapa en este mundo y que siempre busca su deseo.

Los Indios tenian algunas ideas de una vida futura, y se imaginaban un mundo de recompensas, poblado de fértiles campos, de risueñas praderías y arroyos cristalinos, en donde la caza y la pesca no se agotarían jamás. Un monstruo, segun ellos, guardaba la entrada de este paraíso, en el cual solo podian penetrar los mas bravos guerreros, abriéndose paso con los arcos y flechas que les colocaban en su sepulcro.

¿Mas en qué consistian las ideas mas elevadas que habian podido inspirar á los salvajes sus opiniones sobre la otra vida? Todo lo que era superior á sus facultades intelectuales, todo lo que parecia una vez inapeable á su corta y limitada comprension, quedaba abandonado al arbitrio de cada uno. Si el hombre ha consentido en creer que está sometido á un poder supremo ¿cuál puede ser esta autoridad soberana, que dispone de nuestros destinos, y habiendo existido primero, existirá aun despues que nosotros háyamos desaparecido? ¿Puede acaso percibir la el hombre por medio de sus sentidos? ¿No la vemos manifestarse en los fenómenos de la naturaleza, en los beneficios que nos concede, y hasta en los infortunios mismos con que nos castiga? El hombre primitivo todo lo divinizaba en su candorosa credulidad, y adoraba los astros, los elementos, hasta los árboles que le prestaban sombra y alimento, las peñas que destilaban un manantial de agua cristalina ó abrian paso á los torrentes. Poblaban los salvajes ensu imaginacion al mundo de potestades invisibles que obraban de acuerdo con el hombre, y por esto se preciaban de conocer los futuros acontecimientos por medio de agüeros ó sueños, ó por la sabiduría de los ancianos que todo lo preveian inspirados por el grande Espíritu; hasta que estos, convertidos en ministros y celebrando sus ritos en la choza salvaje que habian consagrado, establecian poco á poco sobre los demás su autoridad y su imperio.

## LIBRO SEGUNDO.

FUNDACION DE LAS COLONIAS DE LA NUEVA INGLATERRA, NUEVA YORK, MARIAND, CAROLINA, Y LA PENNSILVANIA. RELACIONES CON LAS COLONIAS FRANCESAS DEL CANADA Y DE LA ACADIA, CON LOS IROQUESES Y DEMAS TRIBUS AMERICANAS.

Hasta aquí hemos podido comparar y presentar en un solo cuadro las diferentes tribus americanas que la semejanza de su situacion en el órden social tuia por un gran número de relaciones; mas no nos será posible asimismo el caracterizar por algunos rasgos comunes á las colonias europeas que se iban estableciendo en America; porque así como la naturaleza imprime á las naciones en su infancia un sello de uniformidad, el tiempo las modifica en seguida, y las hace distinguir entre sí por sus progresos intelectuales, por sus opiniones, creencias é instituciones que en cada una se van adoptando: y por esto la muchedumbre de hombres que emigraron nuestra sociedad, para formar colonias en el Nuevo Mundo, se dividian allí en diferentes grupos, cada uno de los cuales conservaba el diverso carácter de su procedencia.

La compañía de Plymouth, que obtuvo de Jacobo I, en 1620, la concesion de todas las comarcas situadas al norte de los establecimientos de la Virginia, entre los grados 40 y 48, hubo de trasportar sucesivamente en aquellos países un gran número de hombres pertenecientes á todos los partidos políticos y religiosos y animados además de aquel espíritu inquieto, indócil é intolerante, que habia desquiciado en Europa la sociedad en sus cimientos. Habia entre ellos wighs y toris, anglicanos, puritanos, anabaptistas y partidarios de todas las sectas. Procuróse desde luego reunir á estos hombres, por encontradas que fuesen sus opiniones, y no estando la Inglaterra bastante poblada para sostener una emigracion numerosa,

procuró atraer á los extranjeros á sus nuevas posesiones. Estableciáanse en ellas individuos procedentes del Palatinado, del país de Salzburgo y otros puntos de Alemania y Holanda, en donde los disturbios políticos y la miseria habian roto todos los vínculos que retienen á los hombres en su suelo natal, bajo la proteccion del gobierno que les ha rejido en su juventud.

Estos emigrados salian de todas las clases de la sociedad: muchos de ellos habian trasladado sus fortunas á América, para adquirir en ella nuevas propiedades; otros no tenian mas bienes que su industria, su trabajo y su valor; otros, faltos de medios para pagar el importe de su viaje, habian convenido con la compañía de Plymouth en prestarle sus servicios personales por tiempo determinado, y hasta habia algunos desterrados que sufrían allí su castigo y esperaban un porvenir mas lisonjero.

Viéronse allí, entre los primeros disidentes, autorizados para establecerse en la Nueva Inglaterra, á los brownistas que se habian refugiado en Holanda durante los últimos reinados, y eran tenidos por unos sectarios entusiastas y enemigos del gobierno. Siempre se habia temido la exajeracion de su celo, y apenas se les toleraba en su destierro, en donde vivian reducidos á una nulidad poco conforme á la altivez é independencia de su carácter. Abrióles la América un nuevo refugio, y despues de haber obtenido de Jacobo I el permiso de ejercer su culto libremente en la Nueva Inglaterra, hicieron un contrato con la sociedad de Plymouth para trasladarse allí y formar un establecimiento. La primera colonia abordó en el cabo Cod, el 9 noviembre de 1620; y siguiendo su navegacion hácia el oeste, fundó en el continente la Nueva Plymouth, en el fondo de una bahía, que tomó el mismo nombre. Habian llegado cien personas solamente y murieron la mitad en el primer año: los habitantes que quedaron fueron divididos en muchas familias, y pronto subieron al número de trein-

ta y dos, con algunos individuos mas que llegaron de Inglaterra, y edificaron un número igual de habitaciones, empezando á formar una poblacion, que tuvo al principio media milla de estension, con un fuerte que construyeron en el punto céntrico y el mas elevado, y una torre de observacion ó vijia, desde donde podian descubrir hasta muchas leguas mas adentro del mar. El número de habitantes fué aumentándose hasta trescientos, y en 1630, obtuvieron del consejo de Plymouth una patente por la cual quedaron arreglados los límites de este establecimiento.

Después del año 1621, se habian hecho muchas tentativas para fundar mas hácia el norte algunos establecimientos, pero ninguna tuvo resultado, sirviendo solo para reconocer toda la costa de la bahía de Massachusetts, y de ver lo muy ventajoso que podia ser el establecerse en ella. Algunos aventureros de Lincolnshire, de Lóndres y Dorsetshire obtuvieron del consejo de Plymouth la concesion de los territorios que corren del norte al Sud, entre el Serimack y el Charles-river que desemboca en la bahía, y formaron una sociedad cuyos privilegios fueron confirmados por una patente real, en la que se les concedia el derecho de nombrarse un gobernador y hacer las leyes que mas útiles les pareciesen para la colonia, con tal que no fuesen contrarias á las de Inglaterra y no se opusiesen á la libertad ó tolerancia religiosa. Las armas ó sello de esta compañía representaba un Indio con una flecha en su mano derecha y un arco en la izquierda, y este lema que salia de su boca: «*Fe-nid y ayudados.*»

La expedicion formada por la compañía de Plymouth se componia de seis navíos, que conducian trescientos y cincuenta pasajeros, y se hicieron á la vela en 1629, abordando en el cabo Ana y formando allí un establecimiento que tomó el mismo nombre. En el rigor del primer invierno perdió esta colonia cien hombres, pero al año siguiente se le reunió otra expedicion de mil y quinientos,

y la mayor parte de ellos trataron de buscar una situacion mas favorable. Dirijieronse unos á las márgenes del Charles-river, fundando en ellas á Charles-town; otros se fueron hácia el Mystic-river, y una parte de los habitantes de Charles-town se trasladaron á la península Schawmut, situada en el fondo de la bahía de Massachusetts, en donde fundaron á Boston, que luego hubo de ser la principal ciudad de la Nueva Inglaterra, dando un nuevo impulso á su comercio, navegacion é industria.

Las colonias que se fundaron en esta parte de la América solo han debido sus rápidos progresos á los principios de gobierno que les rijieron desde su fundacion; y bien pronto salieron de la tutela de la sociedad bajo cuyos auspicios se habian establecido, adquiriendo el ejercicio del poder legislativo, y concurriendo cada pueblo con sus representantes á la formacion de las leyes, á medida que se iban levantando nuevas poblaciones.

En un siglo en que las ideas religiosas tenian tanta parte en la fundacion de aquellas colonias, debian ejercer en ellas un grande influjo; y por esto se procuró desde luego clasificar y distinguir las diversas creencias: cada individuo que llegaba á la Nueva Inglaterra estaba obligado á reunirse á una ú otra iglesia, y solo con este requisito se le concedia el derecho de ciudadanía. Por este medio reunian á los hombres en diferentes grupos con lazos comunes y se ponian á todos los partidos en presencia unos de otros; porque no parecieron tan graves los inconvenientes de un choque entre ellos, como los de la confusion de las creencias: temióse que la anarquía religiosa llegase á relajar todos los vínculos del orden social, y de este modo las diferentes expediciones que se iban esparciendo en establecimientos por aquellas comarcas, podian conocerse y elejirse mutuamente, antes de reunirse dentro de una misma ciudad. Del mismo modo se fueron fundando otros establecimientos al rededor de aquellas colonias pri-

mitivas, siendo entre ellos los mas notables Cambridge, Water-town, Rocksbury y Dorchester.

Los habitantes de las colonias, apremiados por la dificultad de abastecerse de víveres, se dedicaron con mas ahinco á la agricultura, lo que les produjo una gran abundancia de maiz. Publicáronse leyes ú ordenanzas para fijar el precio de los jornales, para castigar á los vagamundos y fomentar la industria; y como estaban entónces rodeados de tribus salvajes muy superiores en número, no podian estar descuidados un momento, por lo que todos eran igualmente forzados á prestar el servicio y ejercitarse en el manejo de las armas, mientras que por otra parte se iban estrechando los límites de las plantaciones, para estar mas en estado de defenderse. El consejo de Boston resolvió fortificar algunos puntos por el lado de la Acadia, que ocupaban los Franceses, y se construyó el fuerte de Ipswick; adoptóse en seguida un sistema de defensa contra los Holandeses que se habian establecido á orillas del Hudson, como lo verificaron fundando nuevas colonias sobre las riberas del Conecticut.

Este último proyecto, ideado por Enrique Vane, puritano exaltado, que abrazó muy luego en Inglaterra el partido de los independientes, fué ejecutado por Hooker, ministro del culto en Cambridge, el cual, al frente de unos cien aventureros, se fué á fundar la ciudad de Hartford. En seguida salió de Dorchester otra partida que fundó á Windsor; y animados con este ejemplo otros disidentes, ocuparon los valles y márgenes del Conecticut, levantando en ellas á Litchfield, Fairfield y Newhaven, que fueron los puestos avanzados de aquella nueva colonia.

Durante las sectas religiosas que perturbaron la tranquilidad pública en Massachusset, muchos malcontentos se separaron y fueron á buscar nuevos establecimientos en los países del norte, empezando por fundar á Newhampshire y Maine, que se hubieron de rejir en adelante por dos gobiernos distintos. Estas pri-

meras emigraciones tuvieron lugar por espacio de diez y siete años, después de los cuales hubo bien pronto nuevas colonizaciones, esparciéndose los disidentes por los territorios vecinos, en donde pudiese cada uno profesar en paz sus doctrinas.

Algunas observaciones sobre el orijen de todas estas disensiones religiosas podrán dar á conocer mejor sus relaciones y caracteres distintos; porque todas tienen su jérmen en un mismo tronco y se van estendiendo en diferentes vástagos que á su vez se han ido ramificando tambien.

En Inglaterra se habian formado dos partidos religiosos desde el tiempo de la reforma. El uno, al separarse de la Iglesia romana, habia conservado la pompa exterior del culto y la jerarquía del clero; el otro se habia declarado en contra de las ceremonias religiosas y del episcopado: queria á la vez libertad de culto y gobierno republicano. El último habia sido perseguido durante el reinado de María, y sus jefes principales habian pasado al continente; regresaron á Inglaterra en el reinado de Isabel.

Su sencillez, la gravedad de sus costumbres, el apego que tenian al texto de la Escritura, que muchas veces citaban, y cuyas máximas procuraban introducir en la lejislacion y en la conducta de la vida, hacian mas popular su partido: su celo era muy estremado, se levantaron con ardor contra la Iglesia anglicana; y Jacobo I no supo apaciguar aquellas disputas, irritadas aun mas por las decisiones del sínodo de Hampton-court. Persiguió á los puritanos sin poderlos destruir y solo aumentó su odio contra la Iglesia anglicana. Los puritanos condenaban las ceremonias por supersticiosas; deseaban un culto mas simple, trataban de remontarse al orijen de la religion, y se adherian á todas las palabras de Dios, tanto del viejo como del Nuevo Testamento. Colocaban en el mismo rango todos los ministros encargados de la conservacion de la doctrina; y sus reuniones, en presbiterios ó consistorios, eran la única autoridad eclesiástica de que de-

pendian. Sus magistrados ejercían un poder discrecional, á fin de suplir la insuficiencia de las leyes, y tenían derecho de castigar las acciones consideradas culpables sin ser criminales, las ofensas de la autoridad, los actos contrarios al bien de la familia. Era la naturaleza respetable pero arbitraria del gobierno patriarcal, donde el poder residía en manos de los ancianos.

Los brownistas, mas rijidos aun que los puritanos, eran de opinion que Dios no debía ser reverenciado mas que con el alma, y que convenia abolir toda fórmula de rezo, hasta la oracion del domingo. Con todo se reunian y predicaban en sus asambleas; pero todos podian predicar, y no necesitaban mision pastoral como los puritanos. Roberto Brown, su jefe, habia tomado el título de patriarca de la religion reformada. En Inglaterra habian sido perseguidos y habian tenido mártires; en América, se probó de conciliar sus doctrinas con las de las demás iglesias protestantes, y en 1633 estableció Cotton el culto de los congregantes, como término medio entre los brownistas y los presbiterianos. Evitaron tomar el nombre de independientes, que los hubiera podido desacreditar; pero su doctrina era la misma. Aunque no creian que pudiese una iglesia depender de otra y estar sujeta á ella, admitian relaciones de fraternidad entre las iglesias que observaban las mismas reglas, y las que querian separarse de la comunión dejaban de ser consideradas como miembros de ella.

Cesaron por escrúpulo de llamar al domingo día del sol (sun day); este nombre era de origen idólatra, y por la misma razon fueron cambiados los de los demás días de la semana; desde entonces tuvieron el día del Señor, y se limitaban á contar los días siguientes desde el segundo al séptimo. Tambien en los meses se cambiaron algunos nombres paganos; pero estas innovaciones fueron pasajeras, y se adoptaron otra vez los nombres anteriores. Hay nombres sancionados por un uso antiguo, por la autoridad de la his-

toria, y por los fastos cronológicos; su mutacion oscureceria las fechas que un sistema universalmente seguido hace mas evidentes y fija mejor en la memoria.

No concediendo al papa facultad de canonizar, quitaron el título de santos á los apóstoles y padres de la Iglesia. No creyeron que los santos pudiesen ser invocados como intercesores cerca de Dios. Se abolió la veneracion de las imágenes y reliquias. Se miró el celibato de la iglesia romana como dañoso al orden é intereses sociales. Fueron sucesivamente propuestos diferentes artículos de creencia; los juzgaron los sínodos y estas asambleas religiosas admitian ó condenaban los diferentes puntos de dogma ó de doctrina que les habian sometido. Esta diversidad de opiniones dió lugar al establecimiento de muchas sectas; unas llegaron á ser corporaciones distintas y duraderas; otras solo tuvieron una existencia efímera, y violentos debates marcaron su corta aparicion. Entre la multitud de estas opiniones se pueden notar las de los antinomianos, cuya secta fué fundada por Agrícola, discípulo de Lutero, que despues se convirtió en enemigo suyo. Creian que la fe bastaba á los hombres para dirigirse, que ella justificaba todas sus acciones y que los preceptos de la ley les eran inútiles.

Entonces se discutieron todas las cuestiones religiosas; y hasta se volvieron á tocar aquellas que ya habian sido examinadas en los primeros siglos del cristianismo. Ninguna opinion sobre el culto ó sobre el dogma tenia estabilidad, y todos eran reformadores, hasta que algunos hombres mas influyentes, por la firmeza de carácter ó por la habilidad de persuadir, hubieron hecho salir de este caos algunas asociaciones religiosas que dominaron todas las demás.

En 1637 se reunió en Cambridge un sínodo, compuesto de los ministros de todas las iglesias, y en él se condenaron los principios de los antinomianos como contrarios á la palabra de Dios y á la autoridad de la ley

evanjélica. Fueron desterrados ó privados de sus empleos un gran número de partidarios de esta doctrina; otros emigraron voluntariamente; obtuvieron de los sachems indios la ocupacion de una isla, que recibió entonces el nombre de Rhode-Island, compraron de la compañía de Plymouth otras tierras en el continente y fundaron en ellas las ciudades de Providencia y de Warwick.

Uno de los sistemas religiosos que á la sazón escitaban mas fermentacion en las colonias inglesas era el de los anabaptistas. Habian aparecido en Alemania hácia el tiempo de la reforma, su nombre trae su origen del modo de bautizar, como San Juan Bautista, por inmersión y no por aspersion (véase la lámina 12); solo bautizan á los adultos, y rehusan hacerlo con los párvulos, porque, á su edad, no son capaces de hacer actos de fe sobre lo que deben creer. Los anabaptistas sostenian que Cristo no era Dios sino profeta; que no hay pecado orijinal y que obtenemos nuestros derechos por nuestros méritos propios; desecharon la misa, el purgatorio, la invocacion de los santos, la presencia de Cristo en la eucaristía, y no admitieron mas ceremonia que la cena, la cual hacian en conmemoracion de su último banquete con sus apóstoles. Opinaban que los cristianos solo debian reconocer por magistrados á sus jefes religiosos, que todos los bienes debian ser comunes, que la conciencia es libre en todas las cuestiones de creencia, y que cualquier hombre puede predicar y anunciar la palabra de Dios.

Estos relijionarios, cuyos principios estaban particularmente propagados en la clase proletaria, escogian tambien de entre ella sus ministros; porque, además de sus predicadores inspirados, tenian hombres encargados de publicar la moral. Pero como en lo perteneciente al dogma y á la fe, solo tenian que seguir las advertencias del Espíritu Santo, cada hombre que creia haberlas recibido, podia abrogarse el derecho de modificar la doctrina y de introducir nuevas reglas. Resultó de esto la forma-

cion de diferentes sectas, cuyos miembros no tenian otro principio comun que la obligacion de bautizar de nuevo á los adultos; esta era la señal con que debía ser marcado todo hombre que quisiera entrar en la nueva iglesia. Los unos celebraban el sábado en memoria del día séptimo de la creacion del mundo; otros celebraban el domingo, en conmemoracion de la resurreccion; estos admitian el canto en sus ceremonias religiosas, aquellos lo desechaban como profano y contrario á la sinceridad y recojimiento del rezo.

Los cuákeros, que en 1654 aparecieron en las colonias inglesas, se separaron aun mas de las opiniones mas acreditadas. No usaban ni bautismo, ni cena; lo uno no era mas que una semejanza del bautismo espiritual, que nos dan la purificacion del corazón y el testimonio de una buena conciencia; lo otro era solo la imagen de la comunión interior con que se nutre el hombre que ha recibido en su corazón el espíritu de Cristo. Esta virtud sobrenatural se manifiesta con apariciones, sueños é iluminaciones secretas, y todos los que la han recibido pueden predicar sin necesidad del saber de los hombres. «Dios no llama, dicen ellos, los sabios segun la carne, los nobles y los poderosos; pero ha escogido los fatuos para confundir á los sabios.» Los cuákeros, en sus lugares de recojimiento, aguardan silenciosamente al espíritu de Dios, y creen tener en el fondo de su corazón una voz divina que les instruye. Dicen: «la conciencia es un territorio que solo pertenece á Dios y solo puede ser gobernado por él. A ninguna autoridad del mundo está permitido pretender penetrar en ella. Querer forzar la conciencia de otro, es obrar contra Dios, único que puede ilustrarla. No puede ser perseguida opinion alguna religiosa, y solo deben ser castigados los delitos contra la sociedad. Toda apariencia de sumision hácia otro hombre solo sirve para darle un vano orgullo. Las diversiones, las recreaciones no hacen mas que distraer nuestra alma de los pensamientos que tienden

á elevarla hácia el Criador. Es necesario desterrar todo lujo en el vestido. Tomar á Dios por testigo de la verdad de las palabras del hombre es profanar su nombre, y no está permitido prestar juramento. El cristiano debe resignarse á los padecimientos; no puede ni vengarse ni derramar sangre; sus armas son espirituales. Es preciso convertir el hierro de sus espadas en rejas de arado. Solo la moral de Cristo debe guiarnos; ha querido sustituir un culto espiritual á las ceremonias externas; exige el sacrificio de nuestras pasiones; deben abolirse todas las demás. No constituyen la religión, la liturgia, la grandeza del culto y los grados de distincion del clero; solo necesita la pureza de corazón y la ejecución de las buenas acciones; esto es lo que la constituye y hace el verdadero cristiano.

Otra religión, la de los unitarios, tenía numerosos partidarios; no era obra de un entusiasmo exaltado que se abandona ciegamente á todas sus inspiraciones; había tenido por fundadores hombres que se proponían aplicar la luz de la razón á los principios de la creencia. Solo un Dios admitían los unitarios. Distinguiéndole en tres personas, solo habían querido dividir sus atributos. El hijo que Dios había enviado sobre la tierra era un hombre inspirado por él y destinado á enseñar á los demás hombres lo que debían creer para honrar á Dios y para ser recompensados en la otra vida de las virtudes que hubiesen practicado en esta. Jesucristo nos ha dado el ejemplo de estas virtudes; cada hombre puede conformarse á ellas porque ha recibido del cielo la libertad y la razón. En esto no hay predestinación; todos somos escogidos por Dios y tenemos por guía las inspiraciones que nos envía. El nuevo Testamento contiene toda la doctrina de Jesucristo; es deber de nuestra razón deducir todas las consecuencias de los principios que en ella se esponen. Nada puede prescribir la autoridad de los hombres á nuestra creencia; ninguno de ellos es juez infalible en materia de fe.

Esta religión, cuyos principios se remontaban al arrianismo, había sido reducida á cuerpo de doctrina por Lelio y Fausto Socin, que se habían manifestado poco despues de la reforma, y que, no creyéndola aun bastante completa, habían mudado sus fundamentos.

Dogmas tan contrarios á la creencia de los presbiterianos, con los cuales estaban entonces unidos los brownistas, les causaron recelos y les irritaron. Tenían entonces el poder; y lejos de limitarse á airarse contra los delitos y las ofensas, quisieron castigar las opiniones. Habían huido de Inglaterra para librarse de persecuciones, y convertidos á su vez en intolerantes, publicaron rigurosas leyes contra los no conformistas. La primera ley les privó del derecho de concurrir á la elección de majistrados; se dirigió la segunda contra los anabaptistas, condenaba á destierro á todos los que negaban la validez del bautismo de los niños y que rehusaban reconocer la autoridad de los majistrados. Los cuákeros, igualmente perseguidos, fueron desterrados por la tercera ley; les estaba prohibido volver bajo pena de muerte. Una cuarta ley pronunciaba la misma pena, la misma prohibición contra los judíos y los sacerdotes católicos romanos. Una quinta ley prohibía bajo pena de muerte el culto de las imágenes.

Fueron ejecutadas estas disposiciones penales con sumo rigor. A muchos cuákeros se les pusieron grillos, fueron espuestos á la picota, azotados con varas, y desterrados jurídicamente. Esta proscripción les hizo quejarse, y el aprecio que inspiraba su constancia aumentó el número de sus prosélitos. En vano creyeron intimidarlos con el suplicio de los que habían infringido su bando; estas crueldades no hicieron sino conmover la indignación pública contra los hombres que los perseguían.

Si procuramos investigar los motivos de una persecución tan violentamente declarada á muchas religiones á la vez, observamos diferentes causas de enemistad. Los anabaptis-

tas, cuya existencia contaba mas de un siglo, solo habían sido en su origen una sociedad religiosa fundada por Stork, uno de los discípulos de Lutero. Fué pronto turbulenta y se aprovechó del fanatismo de los primeros secuaces para derribar las imágenes de los templos y destruir toda la pompa del culto. Miraban al catolicismo como cargado de prácticas idolátras; al luteranismo como una religión muy relajada en sus principios; y con el pretexto de reformar la sociedad civil, atacaron sus primeras bases. Stork y Muncer, enconando el odio que tenían los labradores á los señores y majistrados, lograron sublevarlos contra los rangos y las leyes, manifestando públicamente que tenían derecho, como hombres y como cristianos, á la igualdad de todos los beneficios; que no se les podía privar de ellos sin injusticia; que ningún tributo debían á los príncipes, ninguna sumisión á los que pretendían sujetar su creencia, y que el mismo Cristo les había redimido de esta servidumbre.

Mulhausen fué el primer teatro de esta sublevación, que pronto se propagó á la Alemania occidental. Al rededor de Muncer se había reunido desordenadamente un ejército de labradores, que dió un combate al landgrave de Hesse, en el que perdió siete mil hombres; y la ejecución sangrienta de su jefe, que fué hecho prisionero en esta batalla, solo sirvió para aumentar el odio y el espíritu de venganza de sus partidarios. La ciudad de Munster llegó á ser el sitio de su reunión; pronto se hicieron dueños de ella, hicieron salir á los habitantes, saquearon las casas y las iglesias y se prepararon apoderaron un sitio. En esta ciudad fué donde Juan Bokelson de Leyde se dió á conocer como rey de Sion, se hizo proclamar, estableció jueces sobre Israel y envió á tierras lejanas sus apóstoles para estender sus principios y su monarquía. La toma de Munster por el obispo que la sitiaba puso fin á este reinado, y Juan de Leyde sufrió los mas crueles tormentos.

Los anabaptistas habían perdido

su nuevo jefe; pero se continuaba temiéndolos. Había escitado su fanatismo tales desórdenes en Amsterdam, en toda la Holanda y en una gran parte de la Alemania, que por todas partes padecieron una fuerte persecución. No obstante, si los principios religiosos de los anabaptistas aun eran los mismos, su conducta política había cambiado. El poder que habían combatido se había por fin vuelto á levantar sobre las ruinas de su partido, y solo sobrevivían á todos estos fanáticos que habían horrorizado el mundo algunos hombres mas resignados, á quienes solo quedaba el entusiasmo de la doctrina. La guerra estaba declarada contra ellos; ya no manifestaron sino el valor del martirio. Estos hombres habían vuelto á formar una sociedad cristiana. La mayor parte de ellos se reunía en una comarca inculta de la Moravia, y los discípulos de su fundador procuraron entonces dirigirles hácia la perfección de la moral y hácia el amor al trabajo. Formaban entre sí una república particular; pero sus pretensiones á la independencia les atrajeron nuevas persecuciones y luego tuvieron que dispersarse bajo diferentes nombres por las demás partes de la Alemania, por Holanda y por Inglaterra. Allí continuaron haciendo prosélitos, tanto por la austeridad de sus costumbres como por el fervor de su celo; atrajeron á su doctrina diferentes miembros de las sociedades cristianas y tomaron parte, como los demás disidentes, en la colonización del Nuevo Mundo. Este cambio de situación debía hacerles esperar que volverían á tener algún ascendiente; les estaba asegurada la libertad de conciencia como á los demás habitantes; la igualdad de derechos políticos debía ser su resultado; y si la iglesia presbiteriana, que dominaba entonces á todas las demás, tuvo bastante fuerza para abatir y perseguir momentaneamente á sus rivales, se vió luego obligada á recibirlos como aliados y á partir con ellos el imperio de la opinión. En 1651, se permitió á los anabaptistas formar una iglesia á parte. El recuer-

do de los disturbios que habian movido al instalarse, habia sido la causa de que se les mirase como temibles; ya no se vió en ellos sino tranquilos ciudadanos.

Ningun acto de violencia semejante habia podido atraer sobre los cuákeros la persecucion que sufrieron en América. Jamás habian tomado las armas, solo querian señalarse por virtudes cristianas; pero se habian declarado contra los ritos, los sacramentos y las liturgias. Fox, su fundador, predicaba por todas partes sus doctrinas con un celo y una vehemencia que él atribuía á inspiracion divina. Su imaginacion exaltada habia obtenido sobre los hombres sencillos un ascendiente invencible. Pronto tuvo numerosos discípulos, entusiastas como él, y creyéndose como él animados del Espíritu Santo. Ilustrados por la luz celeste en medio de sus profundas meditaciones, un temblor jeneral les avisaba el momento de la inspiracion. Entónces podian descubrir lo que los ojos no habian visto, lo que las orejas no habian oido; espionaban sobre todo las mas altas verdades de la moral. A su vista desaparecian todas las vanidades mundanas; se miraban como los templos del Espíritu Santo, como ministros de su palabra, como llamados á reformar la sociedad cristiana. Por medio de esta tendencia y este entusiasmo inspiraban recelos á las autoridades establecidas.

Las demás clases de no conformistas escitaban otras especies de inquietudes, porque hacian peligrar diferentes dogmas fundados en la revelacion. Los unos admitian la resurreccion, sin esplicarse sobre la forma de que se la revestiria, creian que habia un cuerpo para la tierra y otro para el cielo, y que siendo este incorruptible podria solo heredar el reino de Dios. Los otros acusaban de politeismo las doctrinas del concilio de Nicea; no reconocian la encarnacion de Cristo, la union de las dos naturalezas en su persona, y no creian que su muerte hubiese podido redimir á los hombres de sus pecados. Estos no reconocian otro es-

píritu que la luz interior que nos ilumina, porque Dios no puede ser dividido. Aquellos escluian toda revelacion y todo principio de fe; no formaban ningun acto de esperanza y limitaban su religion á la caridad; no componian sino una sola familia; amarse mutuamente era la primera regla de su asociacion, que fué conocida bajo el nombre de familia ó casa de amor.

Por grande que haya sido la estension que hemos dado á nuestras observaciones sobre las diferentes sociedades religiosas que desde luego se habian emigrado á América, tendremos lugar de reconocer en lo sucesivo que no comprenden aun todas las diferentes opiniones cuyo espectáculo debian presentar un dia estas nuevas comarcas, cuando la tolerancia hubiera abierto allí un campo mas vasto á la actividad del entendimiento humano, y á las diferentes formas de un culto que, á través de todas sus variaciones, no deja de referirse á un Sér supremo.

La persecucion que se habia suscitado contra los judíos no era una innovacion. No habia habido jamás entre ellos y los diferentes ramos del cristianismo, sino treguas pasajeras; los Israelitas eran rechazados de todas las sociedades, y ciudadanos del mundo, no encontraban patria en ninguna parte.

El catolicismo, siempre invariable en sus dogmas, y luchando con constancia contra tantas opiniones, nacidas de su seno y dirigidas contra él, gozaba entónces de los primeros títulos para la proscripcion. La iglesia anglicana, separada de Roma hacia un siglo, solo bajo el reinado de María habia vuelto á entrar en su comunión; se habia desmembrado otra vez durante el de Isabel, y en un sínodo se habia fijado y proclamado su confesion de fe. Así la Inglaterra tenia una iglesia distinta, y las disensiones que esperimentó y que la dividieron en muchas asociaciones religiosas no atrajeron con todo á la corte de Roma ninguno de estos nuevos disidentes: quedaron ligados contra la supremacia de la santa sede; y como llevaron



Erlegung des Alligators.

Chasse aux Alligators.  
Caza á los Cocodrilos.